

María Isabel Sancho Rodríguez  
Manuel Sáenz Monzón (Editores)

**UN ADOLESCENTE EN LA  
GUERRA CIVIL:  
MADRID, VALENCIA, BARCELONA  
ALFONSO SANCHO SÁEZ**

Un adolescente en la guerra civil : Madrid, Valencia, Barcelona : Alfonso Sancho Sáez / María Isabel Sancho Rodríguez , Manuel Sáenz Monzón (eds.lit.). -- Jaén : Universidad de Jaén. UJA editorial, 2023. -- (Historia ; 4)

224 p.; 17 x 24 cm + 1 cuadernillo

ISBN 978-84-9159-530-4

1. Sancho Sáez, Manuel-Biografías 2. España-Historia-1936-1939 (Guerra civil) I. Sancho Rodríguez, María Isabel, ed.lit. II. Sáenz Monzón, Manuel, ed.lit. III. Jaén. Universidad de Jaén. UJA editorial, ed.

946.0°1936/39°

Esta obra ha superado la fase previa de evaluación externa realizada por pares mediante el sistema de doble ciego

COLECCIÓN: Historia, 4

Director: José Miguel Delgado Barrado

Coordinador: Salvador Cruz Artacho

© María Isabel Sancho Rodríguez - Manuel Sáenz Monzón

© Universidad de Jaén

Primera edición, abril 2023

ISBN: 978-84-9159-530-4

ISBNe: 978-84-9159-531-1

Depósito Legal: J-215-2023

EDITA

Universidad de Jaén. UJA Editorial  
Vicerrectorado de Proyección de la Cultura y Deporte  
Campus Las Lagunillas, Edificio Biblioteca  
23071 Jaén (España)  
Teléfono 953 212 355  
web: editorial.ujaen.es



editorial@ujaen.es

DISEÑO Y MAQUETACIÓN  
Laboratorio de las artes SC

IMPRIME

Gráficas «La Paz» de Torredonjimeno, S. L.

Impreso en España *Printed in Spain*

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra».

# ÍNDICE

Prólogo . . . . .	7
Introducción . . . . .	11
A modo de biografía. . . . .	19
Alfonso Sancho Sáez (Ávila, 13-II-1922-Jaén, 7-V-1991) . . . . .	19
Madrid . . . . .	25
Madrid 19 de julio de 1936 a 7 de diciembre de 1936 . . . . .	31
Valencia. . . . .	75
Valencia 8 de diciembre de 1936 a 9 de noviembre de 1937 . . . . .	81
Barcelona. . . . .	111
10 de noviembre de 1937 a 17 de marzo de 1941. . . . .	119
Ejercicios de redacción. . . . .	163
Una noche de noviembre . . . . .	167
Madrid, 7 de diciembre de 1936. . . . .	171
Museo del Prado 1939. . . . .	173
Las colas. . . . .	177
Breve historia de la Universidad Popular de Godella. . . . .	179
D. Antonio Machado. Remember . . . . .	189
Epílogo . . . . .	195
Bibliografía. . . . .	201
Relación de fotografías. . . . .	215



# PRÓLOGO

## Maestro y amigo

En la antigua revista *Reader's Digest* había una sección titulada «Mi personaje inolvidable». Yo he tenido en mi vida quizá media docena de personajes inolvidables, uno de ellos don Alfonso Sancho.

Guardo recuerdos imprecisos, fruto de mi desmemoria, de mis primeros encuentros con don Alfonso Sancho. Desde luego se remonta a la época en que yo era alumno del instituto masculino y él catedrático de Literatura en el instituto femenino. Eran tiempos en que la moralidad pacata imperante en la pequeña ciudad provinciana imponía una rígida separación entre los dos centros de enseñanza, masculino y femenino, que coexistían a uno y otro lado de la avenida Ruiz Jiménez. Incluso creo recordar que la salida del alumnado se hacía a horas distintas para evitar que chicos y chicas coincidiéramos en la calle. Eso a pesar de que *Los Bravos* insistían por aquel entonces en que *Los chicos con las chicas tienen que estar! Las chicas con los chicos han de vivir.*

No recuerdo el motivo por el que visité el hogar de los Sancho, supongo que para solicitar alguna colaboración en la revista escolar *Vox Omnium* en cuyo consejo de dirección figuraba este que escribe. O quizá fuera para algo relacionado con un homenaje a don José María Benavente, su colega del instituto masculino recientemente fallecido. Debo precisar que todavía ignoraba la existencia de su hija Maribel a la que ahora me une una estrecha amistad.

Yo había imaginado que don Alfonso me recibiría en un gabinete lleno de libros, gavetas, y papelotes como los que salían en el *atrezzo* de los profesores de las películas, pero me hizo el honor de pasarme a su sala de estar como si fuera un amigo de la familia. Me sorprendió que hubiera una mesa camilla, mueble que entonces me parecía más propio de hogares campesinos como el mío.

Don Alfonso Sancho tenía fama de ser un hombre muy versado en su asignatura y, al propio tiempo, capaz de trasmitirla a los alumnos con sencillez y donaire de modo que sus clases se hacían cortas. Yo, en mis pinitos de escritor con mis colaboraciones en la prensa local, lamentaba secretamente haberme perdido las clases de aquel maestro excepcional.

—Alguna vez te leo en *Ideal*—me dijo—. Escribes bastante bien.

¡Glub! Sentí el sonrojo ardiéndome en las orejas. Cuando me repuse de la sorpresa me tomé la confianza de confesarle mis anhelos de escritor. Me dio un consejo que he hecho mío y a menudo imparto a los principiantes: «Para ser escritor, primero hay que ser lector».

Hablamos de libros. Le confesé que pronto iba a ir a Madrid y que tenía pensado visitar una librería muy buena que había en la Puerta del Sol. Me recomendó que primero rebuscara entre los libros usados de la Cuesta de Moyano.

Mi segundo recuerdo tiene que ver con el mencionado homenaje a don José María Benavente. Fue en el salón de actos del instituto masculino. Llegó mi turno y salí al estrado a leer una poesía que dedicaba a la memoria del fallecido. Cuando iba a retirarme, declamados mis versos con la torpeza que era de esperar, don Alfonso Sancho, que asistía al evento entre los profesores sentados en doble fila a los lados del escenario, me puso la mano en el brazo y me murmuró aprobadoramente: «Muy sentida», lo que yo interpreté como «La poesía es mala, pero el intento es bueno. Se nota que apreciabas al difunto».

Pasaron doce años y volvimos a encontrarnos, esta vez como compañeros de cátedra, en el Instituto Virgen del Carmen de Jaén. En los dos años que permanecí allí quiero creer que anudamos una buena amistad basada en conversaciones sobre lo divino y lo humano que manteníamos en la sala de profesores y fuera de ella. Podría extenderme sobre estos recuerdos, pero comprendo que el lector lo que quiere es acabar este prólogo para entrar en el meollo del libro. Solo diré que las enseñanzas de don Alfonso me han acompañado siempre. Algunas tienen que ver con sus recuerdos:

—Cada vez que voy a Madrid me paso por el restaurante Lhardy y me restauro con una tacita del caldo que venden en su tienda—me dijo en una ocasión.

Yo ahora vivo en Madrid y en homenaje al maestro tomo una tacita de caldo cada vez que paso por la Carrera de san Jerónimo.

Era don Alfonso un coleccionista curioso de términos antiguos o de usos insólitos pero acertados de las palabras. En una excursión preguntaron algo a un labriego y les dijo:

—Suban por ahí y cuando lleguen al anhelo del monte lo encuentran.

—¡El anhelo del monte!—rememoraba don Alfonso, y exhalaba el aire como dando idea de la respiración cansada del que remonta una cuesta.

Don Alfonso era un estupendo narrador de chistes. Lo hacía con seriedad castellana, sin gesticular, aunque modulando la voz como un consumado actor. Recuerdo uno de sus chistes, que he repetido muchas veces e incluso figura en uno de mis libros:

Conversan dos reclusos en una cárcel y uno le pregunta al otro: «¿Tú por qué estás aquí?». «¿Yo? por una confusión semántica», responde el otro. «¿Y eso?», inquiera el primero.

—Estaba desempleado y vi un anuncio en el periódico: «En el palacio de El Pardo se precisa mayordomo». Fui al palacio y me recibió doña Carmen, la señora de Franco. Me dice: «A ver, enseñeme usted las manos». Se las enseñé, las miró por el dorso y por la palma, y dice: «Están bien: sin callos, elegantes, dedos largos, uñas cuidadas... me sirven. Y ahora enseñeme las pantorrillas». Me extrañó la petición, pero me levante los pernils del pantalón y le enseñé las pantorrillas. «Están bien —dijo— torneadas y elegantes. Quedarán bien con los calzones y las medias de la librea». Y luego me dice: «A ver enseñeme el curriculum... ¡ahí creo que metí la pata!».

En mi carrera docente, pasada por varios institutos, siempre he lamentado la fugacidad de mi relación con don Alfonso Sancho. Después de dos cursos me trasladé a otro centro y nuestros destinos no volvieron a juntarse hasta el momento en que Maribel me habló de su diario de la guerra y me hizo el honor de encomendarme esta presentación.

En este libro he encontrado la trayectoria de un muchacho inteligente, sensible e indagador que, de pronto, se ve inmerso en la locura de una guerra civil que trastorna su vida desde aquel día magnífico de sol en que pasea por el paseo Rosales (como yo hago ahora a diario, por cierto). A lo largo de sus páginas seguimos los pasos de este joven aplicado que sin dejar de estudiar y de ir con los amigos al cine o de paseo, se interesa por la marcha de las operaciones en el frente y por lo que Fernán Gómez llamó «la vida alrededor»: el precio de las chuletas, la conferencia sobre precauciones que se deben tomar en caso de bombardeo, las fantasías sobre «cruceiros aéreos» enviados por la URSS, los alimentos racionados, su primeros pantalones largos que marcan el paso a la adolescencia plena, sus lecturas, las mudanzas de la familia al albur de la guerra.

Las observaciones del joven Alfonso Sancho constituyen una valiosa contribución a la unamuniana intrahistoria de la guerra civil. En estas páginas magistralmente anotadas y contextualizadas por los editores encontramos una interesante ventana desde la que atisbar la vida cotidiana de los españoles desde la atenta retina de un joven que va creciendo en experiencia y discernimiento a medida que avanza en días y experiencias, una obra, en suma por la que debemos felicitarlos y felicitar a la Universidad de Jaén que ha tenido la feliz iniciativa de ponerla a disposición de lectores y estudiosos.

Juan Eslava Galán





# INTRODUCCIÓN

Como es sabido, a partir de los años ochenta, los niños que sufrieron la guerra civil española se convirtieron en objeto de estudio para los historiadores. Algunos niños supervivientes, ya adultos, empezaron a mostrar sus experiencias personales y colaboraron con los especialistas con testimonios, fotografías y otros documentos.

Es en este contexto donde podemos encuadrar el *Diario de un adolescente: Madrid, Valencia, Barcelona*, aunque, bien es verdad, que su autor no tenía intención de publicarlo y que, al morir, lo dejó olvidado entre sus muchos documentos.

Tal y como nos dice Alicia Alted (2003: 45), la historia de los niños en la guerra civil española es el resultado del trabajo conjunto de los protagonistas, historia elaborada desde sus propias vivencias, y los historiadores, que se acercan a esas vivencias desde fuera y con una conciencia crítica, teórica y metodológica.

El lector tiene en sus manos un diario escrito por Alfonso Sancho Sáez entre el 19 de julio de 1936 y el 17 de marzo de 1940. Alfonso había nacido el 13 de febrero de 1922, por lo que, en las fechas que incluye el diario, él tenía entre los 14 y los 18 años de edad. Es posible que algún profesor de su Instituto Calderón de la Barca, ¿Rafael Lapesa, tal vez?, le recomendara, para compensar sus estudios interrumpidos por la guerra, leer mucho y escribir un diario de los sucesos de esa guerra recientemente desencadenada.

Las páginas de este diario habían dormido en un anaquel del despacho de Alfonso Sancho sin que a ninguno de nosotros nos informara de su existencia. Muy posiblemente, hasta él mismo las hubiera olvidado. El texto estaba escrito en cuatro cuadernillos de papel, algunas veces restos de impresos de telegramas provenientes del trabajo de su padre en Comunicaciones, cosidos a mano; otras, en pequeñas libretas de lo más variopinto.

En el primer cuadernillo se incluían episodios de los días vividos en Madrid entre el 25 de julio y el 4 de diciembre de 1936, aunque, en hojas aparte, también narraba sucesos de los días 19 y 20 de julio. Son cuartillas sueltas, unidas por encuadernadores metálicos. En general, en los primeros días, las anotaciones son muy breves, casi telegráficas.

Conforme avanzan los días, la redacción se va cuidando más y se hace más detallada. El segundo cuadernillo, de pastas rojas, contiene desde las anotaciones del sábado 5 de diciembre de 1936 al 10 de febrero de 1939. Recuerda los días vividos en Rocafort (Valencia), desde el 5 de diciembre de 1936 al 9 de noviembre de 1937, y las vivencias en Barcelona, del 10 de noviembre de 1937 al 10 de febrero de 1939. Un tercer cuaderno, este de pastas negras y papel rayado, incluye lo acontecido desde el 10 de marzo de 1939 al 17 de marzo de 1940. La redacción de todas estas páginas se hizo en el mismo día o al siguiente de los hechos que relata.

Hay un cuarto cuadernillo, titulado «Ejercicios de Redacción», que incorpora algunos textos fechados casi todos en Barcelona, redactados en los días finales de la guerra, con posterioridad, por tanto, a los hechos y mientras estaban en espera de la depuración de su padre; él es ya tres años mayor, la redacción se realizó de forma más reposada y la narración se distancia algo de los sucesos bélicos. Están dedicados a episodios seleccionados de la guerra, que redacta con estilo y detalles más cuidados. (Fotos del diario 1 a 9).

Para esta edición, nosotros hemos considerado más adecuado dividir el contenido de las páginas manuscritas en tres capítulos, Madrid, Valencia y Barcelona, teniendo en cuenta que fue el recorrido que Alfonso, su hermana Mary Elia y sus padres, Elia y Alfonso, realizaron en pos del Gobierno republicano cuando este salió de Madrid. La oferta recibida por mi abuelo, Alfonso Sancho Moreno, como funcionario de Telégrafos, de seguir al Gobierno a Valencia, y así escapar de los bombardeos de Madrid, los llevó primero a la capital valenciana y luego a Barcelona. Creemos que mantienen una unidad geográfica y cronológica suficiente para dividirlo de esta manera. Los cuadernillos originales solamente tenían sentido por el soporte de papel, que también escaseaba, y que, suponemos, por eso los escribió así, de forma continuada.

Como ya hemos dicho antes, ninguno de la familia conocía la existencia del diario hasta que, ya fallecido mi padre, mi madre, ordenando el despacho, que cuidaba con el mismo mimo que si Alfonso estuviera vivo y fuera a utilizarlo ese día, encontró una serie de cuadernos, entre los que estaban los ya descritos.

Hemos tenido que dejar pasar el tiempo para decidirnos a editar estas páginas, aunque no sabemos si mi padre hubiera querido que lo hiciéramos. Con el mayor de los respetos y con nuestro cariño, las damos a la luz pues creemos muestran la vida de un adolescente en los duros años de guerra; y pueden ser ejemplo vivo de lo que algunos historiadores como Sierra Blas (2009), Navarro Bonilla (2009: 297) o Jular Pérez-Alfaro (2017: 207-208) denominan como «memoria caliente» de la guerra civil. En el diario aparecen, entremezclados, los sucesos de la contienda, desde la óptica de un niño de familia republicana, que se informaba en los periódicos que caían en sus manos, con los pequeños acontecimientos de su propia vida.

Gran aficionado al cine, nos informa del precio de las sesiones continuas a las que asistía, las películas que veía, e, incluso, las valoraba en malas, regulares y buenas. También, gran lector, incluía una relación de los libros que compraba y leía. Sorprende el listado de libros y autores que leyó con 14, 15, 16 o 17 años.

En esos años, por tanto, su vida transcurría entre el cine, los paseos, las lecturas y, en especial en Valencia, el grupo de amigos que estaban en sus mismas condiciones.

El diario que hoy mostramos fue redactado, como ya hemos dicho, por un adolescente, hijo de familia republicana de clase media perteneciente al funcionariado y empobrecida por la propia guerra; el texto se escribió en tres capitales importantes, afectadas de forma intensa por el conflicto bélico. La familia Sancho, perteneciente a los vencidos, que fue evacuada a otros lugares para evitar los rigores de los primeros meses de la guerra, veía con preocupación al ejército rebelde acercarse a las ciudades en que ellos habitaban y eso se fue reflejando en los escritos de este adolescente, sensible y curioso, que observaba su entorno y lo que ocurría en su familia y en España.

A la edad en que está escrito el diario, 14 a 18 años, el autor ya no es un niño sino un adolescente, que tiene amplios conocimientos históricos y literarios, superiores a muchos niños de su edad, y que lee de forma concienzuda los periódicos y diarios republicanos que, sobre los acontecimientos bélicos, se publican en Madrid, Valencia y Barcelona; con el bagaje de esos conocimientos y vivencias, elabora su escrito. Ya sabemos que otros niños de menor edad dibujaron escenas bélicas de las que se conservan interesantes muestras, visiones novedosas sobre la guerra (Gallardo Cruz, 2012, 2019), dibujos infantiles realizados por los hijos de los republicanos durante la contienda (1936-1939), en especial aquellos que estuvieron acogidos en colonias alejadas del frente de combate, pero que conservaban en su memoria los sucesos vividos, sus propios enfoques infantiles.

En este sentido, el texto que mostramos en este libro difiere de esa visión infantil que nos describen Alted (2003 y 2006), Sierra Blas (2009), Gallardo Camacho (2014), Gallardo Cruz (2012, 2019) y otros investigadores. El autor no fue evacuado ni a colonias ni al extranjero; se mantuvo en el seno de su familia, que se vio obligada, por miedo y por obligación laboral del padre, a salir de Madrid; un adolescente que tuvo que alterar sus rutinas de estudios, de amistades y que fue mostrando cotidianamente sus vivencias.

En la actualidad, disponemos de algunos diarios escritos sobre la guerra civil: Alicia Alted (2003), Henríquez (2010), González Posada (2011), etc. Y algunas memorias como las de Haro Tecglen (1998), Barea (2004), Azcárate, (2008), y algunos más, pero creemos que el diario de Alfonso Sancho difiere de ellos por numerosas razones.

Los escritos de Alicia Alted seleccionan y reproducen cartas familiares, postales y otros documentos de niños evacuados a Francia, Bélgica, Suiza, México o Rusia. En su gran mayoría, son niños pequeños que escriben a sus padres desde el exilio y por los que

descubrimos muchas de sus vivencias. Pero es la historiadora la que clasifica e interpreta estas cartas.

El diario de Margarita Henríquez reproduce con 75 años los sucesos vividos cuando era muy pequeña. Había nacido en 1933; su padre, director de un Hospital en Madrid, republicano y masón, sufrió la consiguiente persecución al finalizar la guerra. Aunque su infancia transcurrió en Madrid, tras itinerantes huidas por España y una terrible estancia en un asilo de monjas para hijos de los «vencidos», pronto se exilió a Argentina, donde vivió gran parte de su vida. El texto, más memorias que diarios, escrito por una mujer mayor que rememora sus recuerdos desde su ancianidad, incide especialmente en los sinsabores de la posguerra y, por tanto, el caso es bien diferente al que nos ocupa.

Con respecto al diario de Carlos González Posada (1890-1948), descubierto por su nieto, Carlos Oppé y editado por el historiador Miguel Ángel del Arco Blanco en 2011, es un texto hallado fortuitamente por Carlos Ollé en la casa londinense de su madre entre otro variado material de su abuelo.

Este diario es, como el de Alfonso Sancho, una fuente de primera mano sobre la guerra civil, aunque editado por terceros, y en él Carlos González nos muestra su evolución ideológica; sus opiniones, un tanto desencantadas, van inclinándose hacia posiciones ideológicas y políticas más conservadoras. Perteneciente a una acomodada familia intelectual de Oviedo, había sido letrado de las Cortes y secretario de Julián Besteiro, en plena guerra civil; Carlos G. Posada continuó trabajando en el Instituto Nacional de Previsión y en el Congreso de los Diputados, pero progresivamente va trocando su lealtad hacia la República por su adhesión al «bando nacional».

González Posada, antes de acabar la contienda, huyó a Francia, aunque luego decide volver a España para colaborar con los nuevos gobernantes que le deniegan la reposición en el cargo; ingresó en prisión por una denuncia anónima como simpatizante de la República y tuvo que sufrir los consiguientes expedientes de depuración en los que se le reprochó su vinculación con el republicanismo liberal, su formación en la Institución Libre de Enseñanza, su liberalismo democrático-social, haber sido secretario de Julián Besteiro y el haber permanecido varios meses en Francia. Finalmente, el juez instructor consideró probados los cargos imputados de su «significación izquierdista» por lo que fue castigado con el traslado forzoso fuera de Madrid, la prohibición de ocupar cargos públicos y la postergación e inhabilitación por cinco años. Aunque, posteriormente, se permitió a Carlos González Posada permanecer en Madrid junto a su familia, sufrió una larga y dura posguerra.

El nieto, Carlos Oppé, descubrió que el texto estaba muy bien escrito y que era un documento «inédito y excepcional» sobre la guerra civil. «Está escrito en primera persona, mi abuelo es el narrador y va describiendo lo que sucede en España en esos momentos, lo

que está pasando en la guerra. Va de lo más cotidiano, como las dificultades para encontrar comida, a comentarios sobre personajes de cierta relevancia».

En este sentido, los diarios de Alfonso Sancho y de González Posada se asemejan. Están escritos por ellos mismos como narradores, y describen lo que sucede en España desde su punto de vista. Ambos relatan lo cotidiano y lo histórico. Ambos son editados por terceras personas más de 70 años después de ser escritos. Pero difieren en varias cuestiones. En primer lugar, González Posada pertenecía a una clase social adinerada y escribió su diario ya adulto, con 46 años. Alfonso Sancho, sin embargo, pertenecía a la clase media urbana y escribió sus cuadernillos-diarios entre los 14 y los 18 años, aunque, bien es verdad que supo captar con especial sensibilidad muchos detalles del momento y transmitirlos con un buen tono literario. Asimismo, ambos se diferencian en que González Posada salió de España y, a su regreso, fue represaliado y encarcelado como simpatizante de la República; Alfonso Sancho no llegó a salir de España, su padre se mantuvo en su puesto de trabajo en Barcelona hasta que, tras sufrir un proceso de depuración, fue represaliado y castigado con el traslado forzoso fuera de la ciudad catalana, en concreto a Jaén.

Por lo que se refiere a las memorias de Haro Tecglen, Barea y Azcárate, son textos escritos por personas ya maduras, 74, 49 y 80 años, respectivamente; son recuerdos de unos años convulsos tamizados por la distancia de los años. El libro de Haro incluye sus recuerdos de algunos momentos de la guerra civil, además de reflexiones variadas sobre la época. El texto de Barea, compuesto de tres apartados autobiográficos, «La forja, La ruta y La llama», cubren su infancia y juventud, sus primeras experiencias literarias y su servicio militar en Marruecos, dejando el apartado final para escribir sobre la guerra civil. Por lo que se refiere a *Memorias de un republicano* de Luis de Azcárate, el autor, perteneciente a una destacada familia de la burguesía ilustrada, estudió en la Institución Libre de Enseñanza y en la obra nos narra la trayectoria de su familia durante la guerra y el exilio en México y Francia, su vuelta a la España franquista, las sucesivas detenciones y sus nuevos peregrinajes por la República democrática alemana, Cuba y Argelia.

El diario de Alfonso Sancho está escrito casi cada día, como ya se ha dicho, por un adolescente, de forma inmediata, sin reflexionar sobre los hechos que estaban sucediendo ante sus ojos, y, por tanto, sin la objetividad y la distancia que podían haberle dado el paso de los años. Es muy posible que solamente se informara por los periódicos republicanos que caían en sus manos y por las conversaciones familiares claramente favorables a la República. Este texto, por tanto, correspondería a lo que se ha denominado como «memoria caliente» llena de emoción y sentimientos, conservada en las bibliotecas y escritorios de las casas, cuadernos escolares, diarios, frente a la «memoria fría» de la burocracia administrativa y documentos archivísticos, (Sierra Blas, 2009), (Navarro Bonilla, 2012), (Jular Pérez-Alfaro, 2017: 207-208).

Aunque hay numerosos libros publicados sobre la guerra civil, no hay tantos escritos de primera mano y son muy pocos los redactados por adolescentes en el momento

mismo de los hechos bélicos. Si bien es verdad que Moradiellos (2011: 618-619), insiste en que el 20 por ciento de lo publicado sobre la guerra son testimonios o ensayos sobre la misma a cargo de protagonistas y testigos de los hechos, lo que indica que «la información sobre la contienda en gran parte está filtrada por ese tamiz memorialístico necesariamente subjetivo e interesado en mayor o menor grado», creo que el texto que editamos se diferencia de los demás por haber sido escrito por un chico muy joven, buen observador de su entorno, que contaba lo que él veía de forma sincera, aunque nunca objetiva, pues sus fuentes de información eran los diarios republicanos y su propia familia.

Sancho tuvo la fortuna de no tener que ir al frente solo por unos meses, pero sí que padeció los rigores de la escasez, el hambre, el miedo y los traslados. Y todo eso es lo que podemos leer en este diario.

La pretensión de los editores no ha sido, en ningún caso, publicar un libro de Historia, sino editar un diario olvidado con las vivencias de un adolescente en la guerra civil, es decir, unas páginas vividas durante el conflicto bélico, que pueden servir de fondo intrahistórico de esa guerra.

Por esa razón, y sin ánimos de ser exhaustivos, nos hemos valido de la bibliografía a nuestro alcance solamente para realizar las anotaciones necesarias que encuadren los sucesos que se van incluyendo en sus páginas. No es nuestra intención que los árboles no dejen al lector ver el bosque. Solamente nos interesa que se puedan leer esas páginas del diario con cierta comodidad.

Hemos de advertir que el texto original es bastante más extenso de lo que ofrecemos al lector, pues hemos eliminado todos aquellos fragmentos excesivamente personales y así lo hacemos notar con los corchetes [...].

El apartado «Ejercicios de Redacción» lo hemos incluido tal y como él, Alfonso, lo tituló. Nos ha parecido de importancia editarlo así, pues incorpora varios relatos escritos en los últimos días de la guerra y los meses iniciales de la posguerra; por tanto, se trata de un chico más maduro y con una prosa más cuidada.

La transcripción de los textos de los cuatro cuadernillos los realizó Manuel Sáenz con todo cuidado y cariño al poco tiempo de hallarlos. No se ha hecho prácticamente ninguna corrección salvo alguna puntuación que no se alcanzaba a ver en el original, gran parte de él escrito a lápiz. Hemos mantenido el léxico y la sintaxis del diario, incluso algunas construcciones que posteriormente él no utilizó a lo largo de su vida y que podían ser influencias de su habla abulense natal o del valenciano o catalán que estaba aprendiendo. Cuando había algún uso incorrecto, también lo hemos mantenido con la advertencia (sic). Si hemos incluido alguna corrección o añadido para facilitar la comprensión, lo hemos puesto entre paréntesis (...).

Por lo demás, el texto original lo insertamos en cursiva, mientras todo el texto, introducciones y notas incorporadas por los editores aparecen en redonda.

Vaya el primer lugar nuestra gratitud al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Jaén por su amabilidad al acoger la publicación de este libro, en especial a Andrés Ramírez Pérez por su profesionalidad y paciencia.

Los editores queremos, desde aquí, mostrar nuestro agradecimiento a quienes han colaborado desinteresadamente con sus fotografías en esta obra, Ministerio de Cultura y Deporte (Dirección General de Patrimonio Cultural y Bellas Artes), Biblioteca Nacional de España, Archivo General de la Administración, Centro Documental de la Memoria Histórica, y en especial a Jesús María Fraiz Ordóñez, Rafael Solaz y Julio Cob, Luis Vidal, Nacho Villalba (Valencia bonita), Paco Moncho Pascual, Carlos Villarrubia Rodríguez, Publio López Mondéjar y Carlos Piera, Enrique Fayos Bonell, Luis Vidal y Edu García, y terapeutas solidarios, *El Mercantil Valenciano*. Asimismo, queremos destacar la amabilidad de Jaqueline Rosales Calero que, desde *La Vanguardia*, atendió nuestra solicitud para reproducir determinadas páginas del periódico y el interés mostrado por Olga Duque, técnica del Archivo Municipal del Ayuntamiento de El Prat de Llobregat.

Nota aparte merece el gran escritor Juan Eslava, quien respondió amablemente a nuestro requerimiento para prologar esta obra y nos dio atinados consejos para su publicación. Amigo y compañero de nuestro padre, ha rememorado, con cariño, sus charlas en la sala de profesores del Instituto Virgen del Carmen y nos lo ha definido en sus facetas de hombre sencillo, enamorado de las palabras, de la literatura y buen narrador, destacando su mezcla de seriedad castellana y fino humor. Doble agradecimiento le debemos, pues nos consta que, para redactar este afectuoso prólogo, ha robado tiempo a su propio descanso veraniego y a su familia, en especial a sus nietas.

La edición y las notas que incorporamos en el texto las fuimos realizando de finales de 2019 a septiembre de 2021 por lo que hemos de advertir que los meses del confinamiento por el COVID los ocupamos íntegramente en dicha edición. Nuestra particular guerra contra la pandemia se desarrolló con la vista puesta en la guerra de la familia Sancho-Sáez de 1936 a 1939; toques de queda, estado de alarma, confinamiento, enfermedad, muerte, etc. han sido un léxico compartido, un hilo conductor entre los textos del diario y nuestra propia edición.